

1922, UNA MIRADA AL PASADO

A Juan y Lola, para que siempre sepáis cómo mirar al pasado.

A mi abuela, que supo cómo hacerlo.



Aquella mañana Farruca y Tomasillo se habían encontrado en la calle del Agua. Farruca venía de celebrar lo que había supuesto el acontecimiento más esperado del año. Su peña estaba de aniversario y ya había cumplido setenta años. La Platería, que así es como se la conocía, era una peña flamenca situada en pleno corazón del Albaicín, fundada hace algunas décadas por Manuel Salamanca, un entusiasta aficionado al cante que pasaba sus horas de cierre escuchando y escuchando letras en las voces de cantaores como el Carbonerillo, Vallejo o el Pinto.

¿Os imagináis cómo pudo ser aquello? La peña flamenca más antigua de la historia recibiendo el regalo de artistas venidos de todos los rincones, que quisieron celebrar su cumpleaños de la mejor manera posible, cantándole y bailándole. Y ella, Farruca, que estuvo allí expectante, consiguió grabar en su memoria lo sucedido para luego contarlo con gran entusiasmo a todo el mundo.

—¿Dónde vas Farruca?

—Hola Tomás. Voy a ver a la abuela Soleá, tengo que contarle algo. ¿Quieres venir?

La abuela Soleá vivía en una peculiar cueva del Sacromonte, decorada con cerámica y todo tipo de utensilios de cobre. A ella le gustaba decir que vivía en Valparaíso, porque ese nombre siempre le había sonado a cuento fantástico y como era una gran amante de las leyendas, nombrarlo era suficiente para encabezar de manera misteriosa cualquier historia salida de su imaginación.

Era una mujer muy bien puesta. Tenía el pelo cano y le encantaba acicalárselo haciéndose moños para salir a la puerta y sentarse en su sillón de mimbre a tomar el sol por las mañanas. Observadora y a veces un poco entrometida, Soleá había sabido adaptarse de manera admirable a los incontables cambios que el mundo había sufrido al paso de su centenaria vida. Guardaba en cada una de sus arrugas, recuerdos, fechas, nombres y secretos del pasado. Respetada y querida, todos la saludaban al pasar y a ella le gustaba que se acercasen a su puerta a preguntarle por todo lo que conocía.

Las abuelas siempre han sido las personas más importantes de los clanes desde las sociedades más primitivas. Son sabias y enérgicas, supervivientes y transmisoras de genes, pero tienen esa sensibilidad tan atrayente que todo el mundo busca cuando siente inseguridad por algo. Enciclopédica y reservada, la abuela Soleá llevaba en sus ojos la luz de la experiencia, esa experiencia que transmite serenidad cuando algo nos inquieta...

A la Soleá siempre se le ha llamado la madre de los cantes y las hijas siempre permanecen junto a sus madres hasta su último momento. Quizá ese nombre venía marcando desde el comienzo lo que supondría nuestra abuela Soleá para este relato...

De camino a casa de la abuela Soleá, Tomasillo, gitánico, guasón y gran aficionado al cante, no paraba de canturrear todo lo que se le venía a la mente.

A to los ojitos negros
los van a prender mañana
y tú que negros los tienes
échate un velo a la cara.

–Desde luego, Farruca, que cada vez que paso por aquí pienso pa mí. ¡Cosa más bonita de paisaje! –pensaba en voz alta Tomasillo.

–Mu bonito sí, pero no veas la cuesta –respondió con mucha gracia Farruca.

–Jajaja, eso es verdad. La cuestecica se las trae, pero luego llega uno arriba y dice, ¡mira, agüita que he llegao!

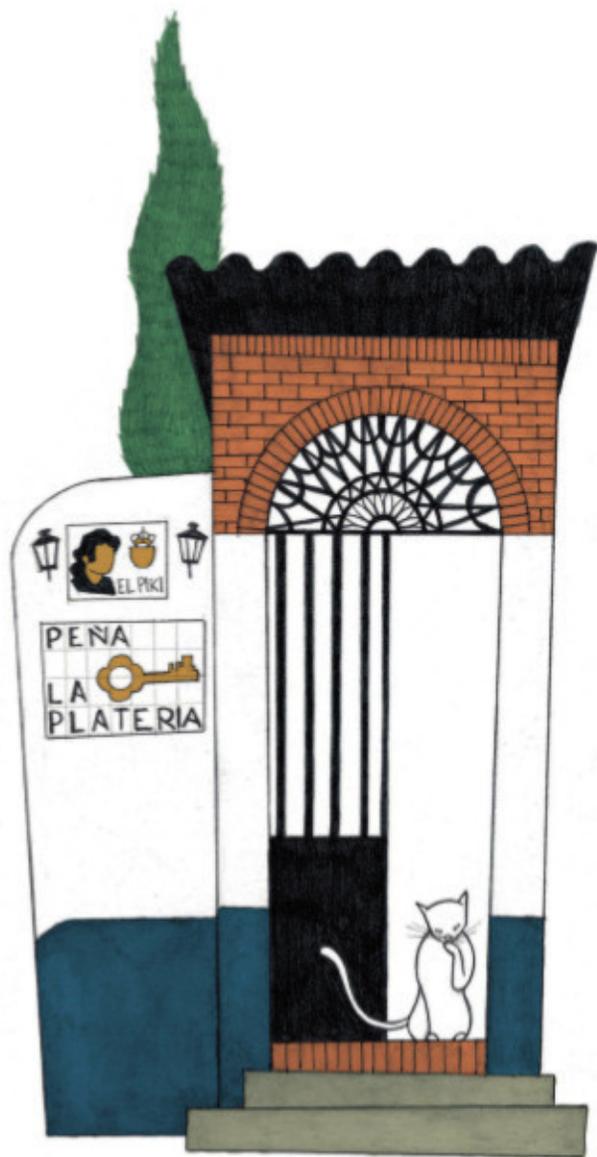
Farruca y Tomasillo llegaron a la cueva de la abuela Soleá, y allí estaba ella, sentada, con los ojos guiñados por el sol y sus labores de ganchillo en las piernas.

–¡Abuela, buenos días! –dijo Farruca.

–¿Qué pasa, niña? ¿Cómo vienes tan temprano? –contestó extrañada la abuela Soleá.

–Abuela, venía a contarle algo. Un acontecimiento mu importante pa la historia del flamenco mundial.





–Eso, abuela, y yo he venío también a que me lo cuente. Que mucha emoción que lleva, pero me trae por to la cuesta sin soltar prenda –añadió Tomasillo.

–¿Y qué es eso tan grande que ha pasado? –preguntó la abuela.

–Pues mire, estuve yo el otro día de celebración. Fue el cumpleaños de la peña la Platería –aclaraba Farruca.

–¿No me digas? ¿Su cumpleaños fue? ¿Y qué tiene eso de particular?

–¡Ay, abuela, pues porque se hizo una fiesta mu grande! Artistas de todos laos vinieron a cantar, a tocar y a bailar. Y no veas la que se formó. Casi cuatro horas estuvimos pendientes de aquello. ¡Setenta años que cumple! ¡La peña más antigua del mundo! –decía Farruca muy exaltada y contenta.

–Claro, Farruca. Me acuerdo yo cuando esa peña nació. En un taller chiquitito de platería que había en la calle San Matías antes. Allí se juntaba el platero con sus amigos, unos cuantos aficionaos que gustaban de conversar de cante, y que escuchaban en discos de pizarra los cantes más añejos que te puedas imaginar.

–¿De pizarra?, ¿qué pizarra ni ná abuela? Serían en cedeses, ¿no? –replicaba con mucha ironía extrañado Tomasillo.